

# UNIVERSIDAD DE MEXICO

★ ORGANO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO ★

VOLUMEN I

MEXICO, NOVIEMBRE DE 1946

NUMERO 2

## UN GOBIERNO SINGULAR

Podemos decir, ya que ello no implica vanidad megalómana ni alarde personal de nadie —como no sea el orgullo de una institución tan desasida de la política y sí en cambio tan allegada al espíritu, como la nuestra—, que la Universidad Nacional está conduciendo al país. La exaltación del licenciado Miguel Alemán al puesto supremo de México es la primera señal de esa evidencia, ya que el nuevo mandatario es de legítima extracción universitaria, pues no sólo hizo en nuestras aulas sus estudios profesionales, sino además los preparatorios. Los vínculos que se ha esmerado en mantener con su Alma Mater llegan a tal extremo entrañable, que hace apenas unos pocos días tuvo este rasgo ejemplar: habiendo recibido un cheque como pago de una colaboración suya para la Enciclopedia Británica, lo cedió a la Universidad Nacional, a fin de que ingrese al fondo de la Campaña de los Diez Millones. El simbolismo de tal gesto conjuga los atributos de la nobleza y gratitud propios de un hombre bien nacido.

Pero hay algo más: el Presidente Alemán, que puso reconocida atingencia en la tarea de seleccionar a los miembros del Gabinete que deben compartir con él la responsabilidad de buscarle al país los más dilatados senderos para su organización y bienestar futuros, se ha rodeado de gran número de elementos universitarios de diáfano prestigio. Hay entre ellos desde hombres que han regido a la Universidad Nacional como rectores, hasta ex directores, maestros y catedráticos y aun profesionistas que fueron alumnos distinguidos de la propia Casa de Estudios.

Por todos los motivos anteriores, el actual Rector de la Universidad, doctor Salvador Zubirán, expidió una nota en que públicamente afirmaba que aquella está de plácemes. No deja de advertir que la Institución contrae severa responsabilidad ante el país, pero a la vez confía en que esos hombres, formados en sus aulas y a quienes ahora se entregan los destinos del país, cumplirán su sagrado deber haciendo honor a su cuna intelectual.

También se halla seguro el Rector de que la Universidad Nacional será impulsada considerablemente por el actual Gobierno. "Nunca mejor que ahora —dijo— podrá apreciarse la misión del Instituto y su trascendental papel referidos a México y a la cultura, así como el imperativo moral que tienen la sociedad y el Estado de llevar a la Universidad a planos de superación y progreso, que la coloquen en el decoroso lugar que merece y que tan urgentemente requiere ocupar."

## AZARES DE MI NOVELA "LOS DE ABAJO"

POR MARIANO AZUELA

DEBO a mi novela *Los de abajo* una de las satisfacciones más grandes de que he disfrutado en mi vida de escritor. El célebre novelista francés Henri Barbusse, connotado comunista, la hizo traducir y publicar en la revista *Monde*, de París, que él dirigía. La "Acción Francesa", órgano de los monarquistas y de la extrema derecha de Francia, acogió mi novela con elogio. Este hecho es muy significativo para un escritor independiente y no necesita comentarios.

En el año de 1927, Manuel Maples Arce, secretario del Gobierno de Veracruz, solicitó mi autorización para reeditar *Los de abajo*. Fué publicada y distribuida entre la clase proletaria, por órdenes expresas de ese Gobernador, que había sido de los levantados en armas desde la época de Madero, cuando no se fué revolucionario por llegar a tal o cual puesto o para enriquecerse por medio del pillaje. Sin excepción, los revolucionarios de ese tiempo acogieron mi novela con elogios y no hubo uno que hubiera objetado la verdad de mi obra.

Villista derrotado, llegué a El Paso, Texas, y en el diario subvencionado por don Venustiano Carranza, *El Paso del Norte*, se publicó por primera vez mi librito.

Para colmo de satisfacciones, algunos gozquecillos y logreros de la revolución me pusieron en entredicho y me colgaron la etiqueta de reaccionario, cuando una dama linajuda e influyente hizo un arreglo teatral de mi novela para su representación en el teatro Hidalgo.

Cinco lustros después de los sucesos, objeto de mi obra, algunos publicistas norteamericanos, interesados en conocer el proceso de la revolución a través de los novelistas del país y especialmente de los que tomamos parte directa en el conflicto, ora como actores, ora como testigos, me pidieron una relación relativa a la motivación creadora de mi novela. Me rehusé por algún tiempo a emprender esta tarea, por el miedo de incurrir en el pecado de vanidad y quizás hasta en el de mentira, pero ahora que por mis muchos años me siento bastante alejado de esos peligros, me puse a redactar estas notas y recuerdos, tomando en consideración, sobre todo, que la historia anónima que mañana exprese la real verdad de este gran movimiento nacional que estamos experimentando, deberá edificarse indefectiblemente sobre los datos más o menos auténticos suministrados por los que fuimos actores o testigos, por modesto que haya sido nuestro aporte en la transformación social del país. La historia seleccionará el grano y

pondrá aparte los desperdicios; pero, de toda suerte, con el material que le dejemos. He puesto por tanto todo mi esmero en remover y rendir mis recuerdos con la mayor fidelidad posible, naturalmente no en calidad de historiador o cronista, sino de novelista que procuró captar más que hombres, cosas y sucesos, la honda significación de los mismos, para creaciones más o menos arbitrarias.

*Los de abajo*, como el subtítulo primitivo lo indicaba, es una serie de cuadros y escenas de la revolución constitucionalista, débilmente atados por un hilo novelesco. Podría decir que este libro se hizo solo y que mi labor consistió en coleccionar tipos, gestos, paisajes y sucesos, si mi imaginación no me hubiese ayudado a ordenarlos y presentarlos con los relieves y el colorido mayor que me fué dable.

Mi participación en la revuelta maderista y en el régimen constitucional que le sucedió fué estrictamente política, pero con ello fué suficiente para que, al derrocamiento de Madero, se me tuviera vigilado estrechamente, como a todos los que comprobamos nuestras ideas revolucionarias, y en estado de tensión constante. Los que no pudimos o no supimos escapar a tiempo de nuestros terrones, sujetos a un espionaje exasperante, no teníamos más perspectiva que la de incorporarnos con el primer grupo rebelde que se acercara. Pero en mi Estado sólo Julián Medina se levantó en armas, muy lejos, en Hostotipaquillo, al sur de Jalisco.

Los primeros revolucionarios que entraron a Lagos fueron de las fuerzas de Francisco Villa, después de la toma de Zacatecas, cuando la revolución había triunfado prácticamente. Pude creer, con razón, que ya podría seguir trabajando con tranquilidad en mi profesión y en el cultivo de mis aficiones literarias, alejado en absoluto de toda actuación civil o militar, que por el momento habían dejado de interesarme. Jamás me imaginé que la ruptura inmediata y violenta de dos facciones poderosas que se disputaban el poder, habría de arrebatarme en la tormenta hacia una situación más grave aún. La entrada

## S U M A R I O

Un gobierno singular . . . . .	Pág. 1
Azares de mi novela "Los de abajo".—MARIANO AZUELA . . . . .	1
Los restos de Hernán Cortés . . . . .	4
Presencia de Justo Sierra.—SALVADOR PINEDA . . . . .	5
Diálogo con Manuel Ugarte.—RAFAEL HELIODORO VALLE . . . . .	7
La noticia universitaria . . . . .	9
Por el mundo de los libros . . . . .	13
La Ciudad Universitaria.—Nota de S. P. . . . .	16
Hechos, letras, personas . . . . .	18
Altamirano en su época.—FRANCISCO MONTERDE . . . . .	19
La canción hispanomexicana en Nuevo México.—VICENTE T. MENDOZA . . . . .	21
Panorama cultural.—SALVADOR DOMÍNGUEZ ASSIAYN . . . . .	23
México y D. H. Lawrence.—GUILLERMO JIMÉNEZ . . . . .	26
Don Antonio Caso. El maestro, el crítico.—JULIO JIMÉNEZ RUEDA . . . . .	27
El deporte en la Universidad.—DOLORES GONZÁLEZ . . . . .	29

y salida de las facciones bien nos colocaban de nuevo a merced de nuestros enemigos locales, que encontraban la oportunidad más sencilla para sus venganzas, denunciándonos con los jefes, generalmente palurdos, ignorantes, irresponsables y fáciles de engañar. El delito no fué ya ser maderista, sino carrancista o villista. Entonces los sucesos me arrastraron y a poco me encontré metido en la lucha armada.

Durante la usurpación del gobierno por Victoriano Huerta sostuve activa correspondencia con José Becerra, ardiente correligionario, que siendo Agente del Ministerio Público en Tequila, tuvo oportunidad de incorporarse con los rebeldes acaudillados por Julián Medina, cuando éste se apoderó de la población. Por Becerra, Medina se enteró de nuestra íntima amistad y de la labor que habíamos hecho en Lagos, así como de la correspondencia epistolar que mantuvimos posteriormente.

Sucedió después que cuando Medina pasó por Lagos, pasada la Convención de Aguascalientes, por conducto de su secretario particular el mayor don Francisco M. Delgado, me invitó con toda formalidad a colaborar con él en el gobierno del Estado de Jalisco, que conforme al Plan de Guadalupe debía regentear, pero que, por la voluntad de don Venustiano Carranza, ocupaba el puesto de gobernador el general Manuel M. Diéguez, uno de sus más allegados.

Pretextando mis obligaciones de familia, sin más elementos que mi trabajo, me excusé agradecido por la distinción. El tiro me salió por la culata. Pancho Delgado me respondió amablemente que no sería necesario moverme de la población, que se me podría encomendar, por ejemplo, el reparto de las tierras de los acaudalados de mi cantón. Tan simpático ofrecimiento me dejó encantado y, a fin de cuentas, tuve que optar por ofrecerle mis servicios, pero en la misma capital del Estado.

En los últimos días de octubre de 1914 me incorporé al Estado Mayor de Julián Medina, en Irapuato, donde esperaba el grueso de sus fuerzas, que acababan de salir de la ciudad de México con las de Lucio Blanco, desconociendo el gobierno provisional de don Venustiano Carranza y reconociendo el de la Convención. El general Medina me recibió con demostraciones de estimación y cordialidad y en seguida me extendió el nombramiento de jefe del servicio médico, con el grado de teniente coronel.

Julián Medina me dió la impresión de ser un revolucionario por convicción y de sanas tendencias. Permanecí en Irapuato un mes aproximadamente y a diario tuve ocasión de platicar con él. Gustaba mucho de narrar sus aventuras y anunciar sus propósitos; escuchaba con atención lo que se le decía y procuraba formarse un concepto cabal de los que lo trataban, aunque sin conseguirlo muchas veces. Era el tipo genuino del rancharo de Jalisco, valiente, ingenuo, generoso y fanfarrón. No obstante su total incultura, poseía el don de mando, y muchos jefes superiores a él por otros conceptos, con gusto lo obedecían, reconociéndole tácitamente sus facultades de conductor de masas. El grado de general no se lo confirió ningún superior jerárquico, sino los bravos que con él se levantaron en armas en la propia prisión de Hostotipaquillo, donde se les tenía presos por actividades subversivas.

Joven todavía, cerca de los treinta años, alto, robusto, de faz bermeja, párpados un poco caídos, labios gruesos, sin pelo de barba, de ademán lento, pero expresivo y seguro, vestía ajustado pantalón y chaqueta de gamuza de venado, sombrero galoneado de lana, sin corbata; la camisa abierta en su gran cuello de toro, se le hacía buches en la cintura sobre la cartu-

chera apretada de tiros. No obstante su rusticidad agreste, desempeñó con discreción y cordura el alto puesto que se le confirió, sin dejar de ser decidor, alegre, optimista y comunicativo.

Por esos días yo no tenía la menor idea de la novela que sobre la revolución iba a escribir. Desde que se inició el movimiento con Madero, sentí un gran deseo de convivir con auténticos revolucionarios —no de discursos, sino de rifles— como material humano inestimable para componer un libro, de suerte que esa sola circunstancia me bastaba para sentir placer y satisfacción en mi forzada aventura. Al revés de lo que generalmente me ocurre, el nombre de lo que habría de escribir fué lo primero que se me vino al pensamiento. En Guadalajara bauticé al protagonista de mi proyectada novela con el nombre de Demetrio Macías. Me desentendí de Julián Medina, para forjar y ma-

a vernos sino en El Paso, Texas, después de la toma de esta última capital por el general Treviño.

En calidad de médico de tropa tuve ocasiones sobradas para observar desapasionadamente el mundo de la revolución. Muy pronto la primitiva y favorable impresión que tenía de sus hombres se fué desvaneciendo en un cuadro de sombrío desencanto y pesar. El espíritu de amor y sacrificio que alentara con tanto fervor como poca esperanza en el triunfo a los primeros revolucionarios, había desaparecido. Las manifestaciones exteriores que me dieron los actuales dueños de la situación, lo que ante mis ojos se presentó, fué un mundillo de amistades fingidas, envidias, adulación, espionaje, intrigas, chismes y perfidia. Nadie pensaba ya sino en la mejor tajada del pastel a la vista. Naturalmente no había bicho que no se sintiera con méritos y derechos suficientes

to de los hombres que jamás habría adquirido como médico civil.

Puse, pues, mi máximos esfuerzos en rendir lo mejor posible mis servicios, manteniéndome al margen de los chismes y de las intrigas, lo que no me costó mucho trabajo, dada mi manera de ser y la circunstancia de estar recién incorporado a tal medio.

En diciembre llegamos a Guadalajara y en seguida el Gobernador me designó el puesto de Director de Instrucción Pública del Estado. Brevisima fué mi actuación; desalojados por los carrancistas, de derrota en derrota, un buen día me encontré en los Estados Unidos con un lío de papeles, debajo de mi camisa de manta. Dos terceras partes de *Los de abajo* estaban redactadas y el resto lo escribí en la misma imprenta de *El Paso del Norte*, donde mi novela comenzó a publicarse en el folletín.

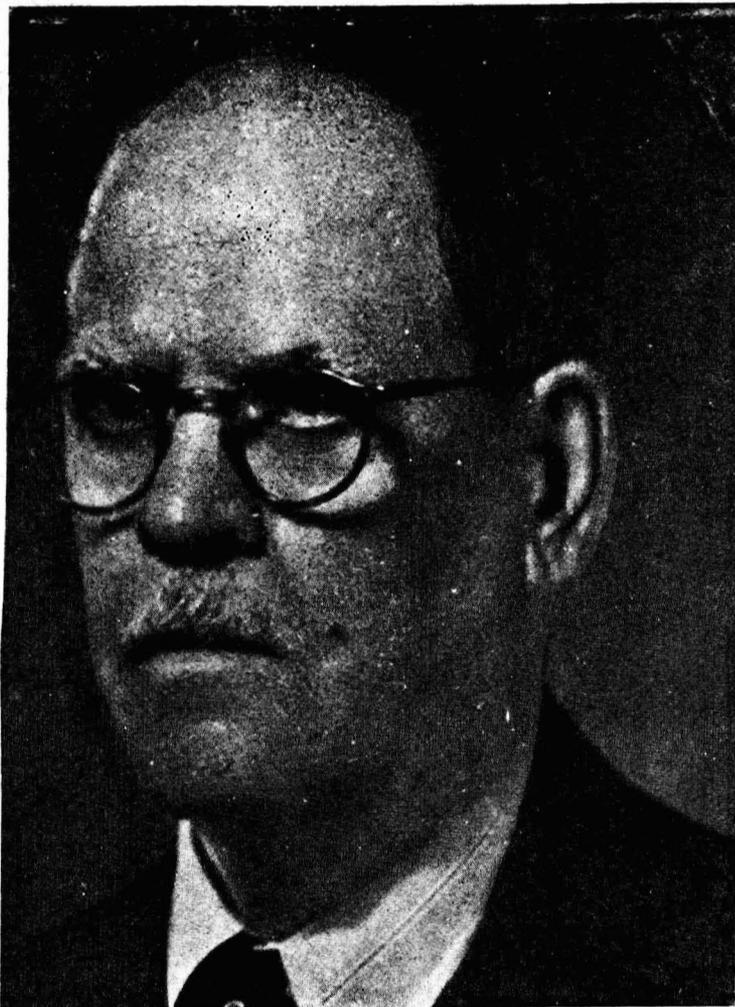
Una noche de noviembre de 1915 se la leí a un grupo de amigos y compañeros, desterrados todos, en uno de los cuartos del hotel donde estábamos alojados. Entre ellos se encontraban los licenciados Enrique Pérez Arce, Abelardo Medina, Enrique Luna Román y algunos otros profesionistas. Cuando llegué al pasaje de Demetrio Macías conducido en camilla por los cañones de Juchipila, Manuel Caloca, que se encontraba también entre mis oyentes, se reconoció al instante en su canción favorita: "En la medianía del cuerpo una daga me metió sin saber por qué ni por qué sé yo..."

Por lo demás, la mayor parte de los sucesos referidos en la novela no fueron presenciados por mí, sino contruídos o reconstruídos con retazos de visiones de gentes y acontecimientos. Los que la llaman relato no saben de la misa la media, si con ese título intentan decir que escribí como el que hace crónica o reportazgo.

Es lugar común hablar de novelas de clave. Se pueden escribir diatribas, panfletos, pero una novela de clave ni es viable como novela y nos haría morir de fastidio. El novelista seguramente toma los elementos para sus construcciones del mundo que lo rodea o de los libros. Pero tal obra no se limita a la acumulación y ordenación de los materiales inertes, sino a la organización de un cuerpo nuevo y dotado de vida propia, de una obra de creación. De tal suerte, que los mejores personajes de una novela serán aquellos que más lejos estén del modelo. Recuerdo que, en correspondencia con el licenciado don José López Portillo y Rojas, después de mi regreso de los Estados Unidos, a propósito de *Los de abajo* escribí estas líneas: "Si yo me hubiera encontrado entre los revolucionarios un tipo de la talla de Demetrio Macías, lo habría seguido hasta la muerte."

Del mismo error se deriva otro: "El autor se ensaña con sus personajes." Lo que es tan absurdo como si se dijera —guardando la infinita distancia—: "Dios se ensaña con sus criaturas."

Entre las gentes que me sirvieron para forjar mi novela recuerdo con fidelidad, aparte de los mencionados para Demetrio Macías, los siguientes: Luis Cervantes es un tipo imaginario contruído con otro tipo imaginario y retazos tomados de la realidad. Los enemigos personales del coronel Francisco M. Delgado, secretario particular del gobernador Medina, por envidia unos, por viejos rencores otros, le formaron una atmósfera muy densa y una leyenda deprimente. Se le inventaron defectos que no tenía y acciones que no cometió, se le calumnió *sotto voce* dándole fama de lo que no fué. Delgado se había distinguido por su educación, inteligencia y cultura, y en campaña por su valor. Julián Medina, al designarlo para el importante puesto que desempeñó con decoro, tuvo un acierto. Pero esto le sus-



El doctor don Mariano Azuela

nejar con amplia libertad el tipo que se me ocurrió.

Manuel Caloca, el más joven de una familia de revolucionarios del Teúl, del Estado de Zacatecas, muchacho de menos de veinte años, alto, flaco, olivado, tipo un tanto mongoloide, alegre e intrépido, de valor temerario en la pelea, sucedió a Julián Medina en la construcción de mi personaje. Se había batido con valentía y él mismo se confirió el grado de coronel, que Medina le confirmó al recibirlo e incorporarlo con su gente a sus fuerzas. En un combate en San Pedro Tlaquepaque fué herido gravemente. Con ochenta hombres lo conduje de Tepatitlán a Cuquío, seguimos por los cañones de Juchipila tocando el rancho de Limón y la misma población de Juchipila; pasamos luego por Calvillo y en Aguascalientes sólo nos detuvimos las horas estrictas. Lo operé en esa capital de Estado, en el sanatorio de sus parientes los doctores Avilas, y la misma tarde tomamos el ferrocarril rumbo al norte, oyendo ya el cañoneo de los carrancistas que unas cuantas horas más tarde tomarían la plaza. Lo dejé en el hospital militar de Chihuahua y no volvimos

para aspirar a lo máximo. Quién alegaba su tiempo de servicios, quién sus gloriosos hechos de armas; uno se lamentaba de haber abandonado a su familia en la miseria, otro un trabajo que lo estaba enriqueciendo y los menos hacían valer su amistad o parentesco con los más altos jefes. La fraternidad que unió a los primeros luchadores había entrado en los dominios de la historia y de la leyenda. Había división entre los jefes, los subalternos no se creían menos que aquéllos, las suspicacias fundadas o infundadas mantenían en alerta a todo el mundo.

Mi situación fué entonces la de Solís en mi novela. "¿Por qué —le pregunta el seudorrevolucionario y logrero Luis Cervantes— si está desencantado de la revolución, sigue en ella?" "Porque la revolución —responde Solís— es el huracán, y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, sino la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval."

Con todo, por más que la jornada haya sido larga y penosa, nunca me he arrepentido de haberla hecho, porque en ella encontré las enseñanzas más provechosas que me ha dado la vida y un conocimien-

citó envidias, especialmente entre sus compañeros, que se sentían con iguales o mayores merecimientos. No fué, pues, el auténtico Delgado, sino el creado por la maledicencia, el que me dió el tipo que me hacía falta, el Curro de mi novela.

Pedro Montes era un mocetón de treinta años, recio de carnes, de ceja y barba poblada, buenos ojos, ranchero fanfarrón y valiente y uno de los más simpáticos compañeros de Medina. Ingenuo y sencillo, presumía de rico por ser dueño de una yunta de bueyes, y de valiente por las bolas que llevaba en su cuerpo, atrapadas en riñas de feria, bodorrio y taberna. El y un tal Barbarito eran jefes del Estado Mayor, compañeros consentidos de Medina, en quienes puso siempre su mayor confianza. Sonriendo, demostraba su indomable valentía. Cuando se le presentaba la ocasión de tomar venganza de algún enemigo personal, lo sacrificaba sin rencor, como el que aplasta a la pulga que lo ha molestado. Un fusilamiento era motivo de gran alboroto y se disputaba la comisión de llevarlo a cabo. A los que tenía que despachar al otro mundo los trataba con cariño fraternal, y más tarde, si sabían morir serenos, mostrando su desprecio a la vida, los admiraba con palabras y ademanes de fervor vehemente. Yo pienso que, más que todo, eso significaba para él un aprendizaje a morir con dignidad. Y, en efecto, murió fusilado poco antes de la rendición de Medina en el sur de Jalisco. De este sujeto tomé muchos rasgos para mi personaje Anastasio Montañés. Dos veces viví en Ciudad Juárez. Solía desayunarme en "Delmónico", restaurante muy bien atendido. En la última ocasión fué cuando el hambre hacía ya estragos en todos los sitios ocupados por las fuerzas armadas. El general Villa pagaba en oro la alimentación de sus jefes principales en dicho restaurante, y naturalmente se les daba absoluta preferencia a los militares. Allí conocí a un mesero profundamente antipático: chaparro, carrirredondo, mofletudo y encendido, sus ojos inyectados a verter sangre. Era sumamente activo, presumía tutearse con los cabecillas más famosos y a los civiles nos trataba con desdén y aun con insolencia. De ese tipo odioso nació el Güero Margarito, que fué completando con otros que conocí también de cerca, tales como un coronel Galván, ebrio consuetudinario, cuya diversión favorita consistía en disparar su pistola en buscapiés a los concurrentes a billares, restaurantes, cabarets, cantinas y centros de disipación. De paso por mi tierra hizo bailar los enanos a un zapatero chaparrito y muy acicalado que gustaba vestir de charro. Otro fué un coronel agregado a la tropa de Medina, después de la toma de Guadalajara por los carrancistas. Era un hombrazo casi apoplético, de pelo y barba rojizos, extremadamente irascible. Cuando se enojaba se arrancaba las barbas, haciéndose sangre. En las inmediaciones de Tequila fué herido por bala explosiva en una rodilla, quiso levantarse, y como no pudiera, sacó su revólver y se pegó un tiro en la cabeza.

El médico de las fuerzas de Medina, a raíz de su levantamiento en Hostotipaquillo, fué un curandero que lo acompañó desde entonces en toda la campaña. Ejercía en distintos pueblos del sur de Jalisco y se pagaba mucho de su saber. De mediana edad, menudito y acicalado, se expresaba con rebuscamiento y gustaba de lucir el uniforme muy limpio y aplanchado. Le complacía escuchar la conversación de personas de prestigio social, político o militar. No faltaba nunca en las paradas, siempre a un lado del general. *Rara avis*, era hombre correcto en todo sentido. Entró en mi novela con el nombre de Venancio.

En nuestra penosa peregrinación por los cañones de Juchipila, conduciendo en camilla al coronel Manuel Caloca, nos detuvimos unas cuantas horas en un pueblo donde estaba de guarnición el coronel Maximiano Hernández, joven muy serio, delgado y trigueño, de agradable aspecto. Tenía de compañera a una chica prieta, muy pintada de la boca, ojos y carrillos. Vestía falda corta de color vivo y abriñantado, sombrero galoneado y una blusa cruzada por cartucheras repletas de tiros. Sentada sobre una mesa de pino, las piernas colgando, lucía unas horribles medias de algodón azul con ligas solferinas abajo de la rodilla. Tenía fama de lúbrica y se contaba que había provocado muchos lances sangrientos. Era la única mujer entre aquellos soldados. En *Los de abajo* lleva el nombre de "La Pintada".

Pocos libros míos de mi primera época no se refieren de algún modo al tipo más pintoresco, de más sabor y colorido, que he encontrado en mi vida: el poeta lagunense José Becerra. Por la amistad íntima que cultivé con él, por su vida aventurera y por sus maneras extravagantes, fué el hombre que más material humano me dió, no sólo para mis novelas de la revolución, sino para muchas anteriores y posteriores a ella. Mucho de él hay en el licenciado Reséndez de *Los fracasados*; mucho también en el Rodríguez de *Los caciques*; se llama José María en un cuentecito publicado con ese nombre y es el Valderrama de *Los de abajo*. Aparte de las páginas en que lo presenté con disfraces diversos, con su propio nombre me ocupé de él en una carta literaria dirigida al licenciado Antonio Moreno Oviedo, publicada en *México al Día*, y finalmente en un artículo necrológico dedicado a su memoria en una revista de Guadalajara, a principios de 1942. No cabría en un volumen el anecdotario de este poeta, que más que en su obra literaria lo fué en su propia vida. Los que lo conocieron saben que cuanto he dicho de él sólo es un vago reflejo de lo que fué este tipo perfecto de bohemio. Su fogosa imaginación, su palabra cálida, siempre llena de interés y contenido, sus frases agudas y candentes, envueltas como en un buqué de flores, su enorme habilidad de psicólogo para penetrar en el punto débil de cualquier persona, cuando apenas acababa de conocerla, lo hacían un animador estupendo. Interesaba tanto en la antesala de un ministro, como en el interior de la cantina, lo mismo en un camino real que en una congregación pía. Necesitó desde siempre del estímulo del alcohol para vivificar su pensamiento, que sin él rastreada el suelo. Dió el mentís más solemne y regocijante a los sabios de la medicina y de la higiene bebiendo desde la pubertad hasta los ochenta años, conservando la lucidez de su inteligencia privilegiada y chispazos de una imaginación siempre despierta. Como sombra, este Valderrama pasa al final de *Los de abajo*.

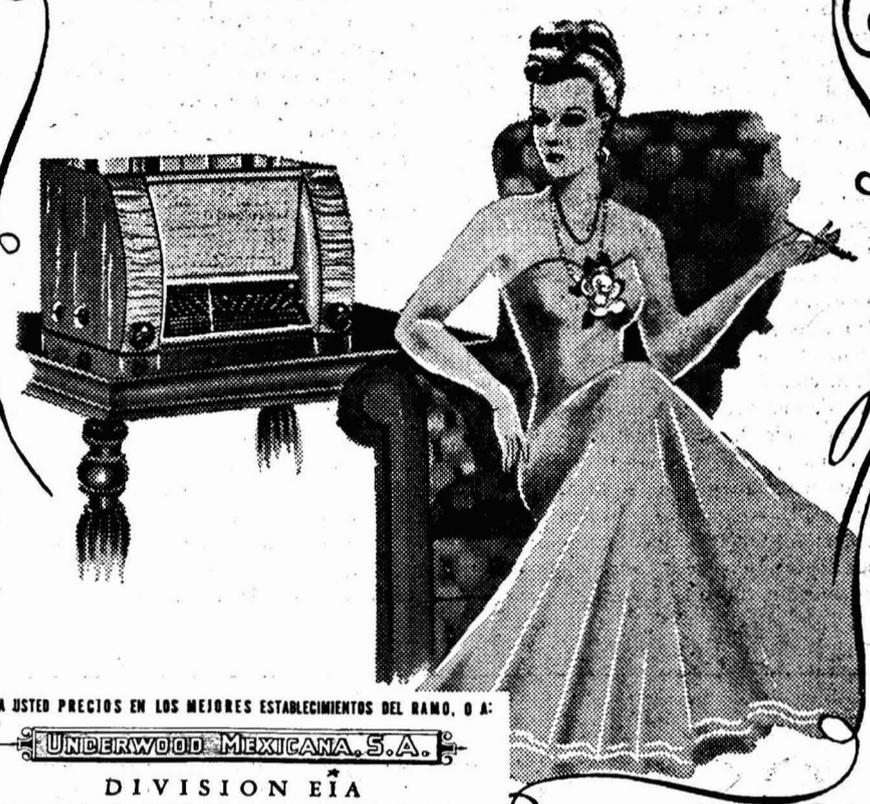
No podía faltar en mi novela el pitecántropo, ese tipo que abundó tanto en los días de la revolución y que, bien vestido, bien comido y bien bebido, nos sigue dando tanta guerra todavía. Un milagro de acierto le había dado el nombre de Bárbaro en la pila bautismal. Y lo era de los pies a la cabeza. Fué el soldado más odioso y repulsivo de cuantos conocí entre la gente de Medina. De 25 años, alto, fuerte, de mirada inexpresiva, gran quijada de antropoide, cabellos lacios untados al cráneo, su aspecto en conjunto era bestial. Le llamaban Barbarito, lo temían y lo adulaban por ser uno de los brazos fuertes de Medina y gozar de toda su confianza. Era temible, además, por ser rencoroso, vengativo y cruel. Carecía en absoluto de sentido moral y —caso no común entre los rancheros de Jalisco— desempeñaba las comisiones rufianescas que

**PARA ESTE FIN DE AÑO  
TENEMOS LOS MEJORES  
RADIO EUROPEOS**

Porque en él se conjugan la **PERFECCION TECNICA, LA BELLEZA DEL DISEÑO Y LA EXCELENCIA DEL ACABADO.**

Los adelantos radiofónicos mas modernos - Mayor selectividad y alcance, - los tiene E.I.A. Con él podrá usted escuchar los programas del **MUNDO ENTERO**, con una limpidez y tonalidad insuperables.

La línea completa de radios E.I.A. consta de 5 primorosos modelos: **EXCELLENT, NATIONAL, TRIUMF, BRUNETONE, y CONSOLA-RECORD.**



PIDA JUSTO PRECIOS EN LOS MEJORES ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO, O A:

**UNDERWOOD MEXICANA S.A.**

**DIVISION EIA**

LA CATOLICA 13 - APARTADO 1872 - ERIC. 13-21-22 MEX. L-07-07  
MEXICO, D. F.

se le encomendaban. Cuando Villa se remontó a la sierra de Sonora, después del reconocimiento de la facción carrancista por los Estados Unidos, Medina seguía levantado en el sur de Jalisco, más atenido al espiritismo que a sus pantalones, y se servía de Barbarito como *medium*. Y el *medium* supo ser tan prevenido que un buen día escapó con los fondos que se le habían confiado, pero los espíritus no le revelaron que antes de gastar el dinero, habría de ser aprehendido y fusilado por los carrancistas. Este Barbarito lleva el nombre de Pancracio en mi novela.

"La Codorniz", "El Manteca", "El Meco" y otros personajes secundarios, entraron en ella con los mismos rasgos y apodos con que les conocí. Soldados anónimos, carne de cañón, pobre gente que no fué dueña ni siquiera del nombre con que la bautizaron. Su paso por el mundo fué como el de las hojas secas arrebatadas por el ventarrón.

Camila y las demás mujeres fueron de mi mera invención y como las necesité para la construcción del libro.

La mayor parte de los sucesos narrados los compuse con el material que recogí en conversaciones con revolucionarios de distintas clases y matices, sobre todo de las pláticas entre ellos mismos, de interés insuperable por su autenticidad y significado. Los instintivos se dejan adivinar con gran facilidad, hasta en los pensamientos más íntimos que quisieran ocultar. Mi cosecha la levanté en los cuarteles, hospitales, restaurantes, fandangos, caminos carreteros, veredas, ferrocarriles y en todas partes. Muchos sucesos están referidos en forma absolutamente distinta de como los presencié. En unas cuantas líneas apenas me refiero a muchos como éste: En Tepatlán, a una jornada de

Guadalajara, me quedé con dos asistentes a esperar y atender en el hospital a los heridos que se me enviarían de El Puente, donde se esperaba un encuentro con los carrancistas posesionados de la capital. Recibí un recado muy atento de un vecino, rogándome pasara a su casa y le hiciera una visita médica. Era un sacerdote, paisano y amigo de juventud, que sólo quería noticiarme que por buenos conductos estaba informado de que se acercaba una partida de carrancistas por el rumbo de San Juan de los Lagos.

—Todo el mundo sabe aquí que eres médico de Medina y corres mucho peligro aquí, solo con tus ayudantes. Tengo un sitio muy seguro donde puedes ocultarte.

Emocionado le di las gracias, sin aceptar su gentil ofrecimiento porque esperaba de un momento a otro a los heridos de El Puente.

—El rancho está a muy corta distancia de aquí.

Me ofreció con toda formalidad darme aviso inmediatamente que llegara gente de Medina, instándome a que me pusiera a salvo de un peligro inútil. Acepté entonces, y después de enviar a mis asistentes disfrazados de arrieros con unos verdaderos arrieros que salían a otro día a Encarnación de Díaz, a la media noche salí con un guía al rancho donde debía permanecer a la expectativa. Era una pobre casa de adobe con tres tepozanes en el patio, sobre una llanura inmensa, donde ni arbustos se levantaban. El guía me hizo entrar y una vieja greñuda y sucia que estaba moliendo en su metate me acogió cariñosamente al oír el nombre del padre que me recomendaba. Poco después llegó el patrón: un sujeto de camisa, calzon blanco y guaraches. Dijo que traía el cólico y apretándose el estómago pidió un

recito caliente. La vieja salió al campo a cortar unas yerbas y él me aseguró que no dilataban en llegar los Ramírez, de Cerro Gordo, con quienes me recomendaba el padrecito. Volvió la mujer con unos cogollos que sé yo de qué yerba, los amasó entre sus dedos costrudos, luego hizo un menjurje revolviéndolos con *nejayote* en una cazuela tiznada y se lo dió a beber. El amo dijo a poco que el dolor se le había asilenciado, pero a mí me dió no más de mero apurón.

Al medio día llegaron los Ramírez, de Cerro Gordo, en magníficos cuacos, armados hasta los dientes. El amo les dió el recado de mi protector y en el acto me estrecharon la mano a punto de dislocarme los huesos, asegurándome con muchas fanfarronadas que ellos no obedecían más ley que la ley de Dios, que en sus guaridas no entraban villistas ni carrancistas y que todas esas gentes de la revolución les venían guangas. Me disculpé de no acompañarlos en seguida porque esperaba un recado urgente de mi amigo el padre Varela, y que a otro día me iría con ellos. La verdad es que estaba arrepentido de esta aventura y meditando una salida. Por fortuna esa misma noche volvió mi guía de Tepetitlán con el aviso de la llegada del coronel Manuel Caloca, gravemente herido, acompañado de ochenta hombres. No esperé más y le di gracias a Dios, que nos ayuda hasta cuando no se lo hemos pedido; ensillé mi caballo y regresamos a la población. En el trayecto, mi guía, un mozalbete flaco, descolorido y de aspecto fúnebre, me dió una gran sorpresa:

—Yo sé que usted despachó ya a sus asistentes, y si usted quisiera llevarme, puede ser que le sirviera de algo.

Muy compungido agregó que era payaso de circo, pero que en su profesión le iba muy mal, porque hasta los cirqueros andaban de revolucionarios y él se mantenía haciendo mandados por lo que buena mente querían darle.

Con Caloca en angarillas, una partida de carrancistas nos sorprendió en el fondo del cañón, pero como toda la gente del coronel era de serranos y caballistas magníficos, con facilidad se apoderaron de las alturas y pronto pusieron en fuga al enemigo. Yo, entretanto, al amparo de un covachón abierto en la peña viva, tomaba apuntes para la escena final de la novela apenas comenzada.

Esa misma tarde, en el rancho de Santa Rosa, el payaso me dijo con aflicción que siempre no le convenía el trabajo, porque maldita la gracia que le había hecho la balacera. En su lugar ocupé a un sacristán que se nos había agregado en Tepetitlán.

Todo esto está construido en la novela en forma muy diferente.

Con mis apuntes en el seno llegué a Chihuahua y allí comencé a darles forma. Leí la primera parte a mi amigo el licenciado Enrique Luna Román, que a pocos días se trasladó a El Paso. Había terminado ya la segunda parte, cuando me escribió, asegurándome que tenía editor para mi libro. Como mis recursos se estaban agotando, salí de Juárez a El Paso con

diez dólares en la bolsa. Visitamos a varios agentes de casas editoras y me pedían el original para enviarlo. Pero como yo tenía urgencia inmediata de dinero, tuve que aceptar la proposición de *El Paso del Norte*: mil ejemplares de sobretiro y tres dólares a la semana a cuenta, mientras se hacía la impresión. Al mes de haberlo repartido en puestos de libros y revistas, se habían vendido cinco ejemplares. Entretanto los carrancistas, sin combatir, tomaron Ciudad Juárez. Aproveché la confusión de las primeras horas para pasarme a territorio mexicano, le compré un pase de ferrocarril a un soldado y con José G. Montes de Oca regresé a Guadalupe. El conductor del tren objetó el pase. "Ustedes no son soldados —dijo—, son peones que van a la pizca de algodón a la Laguna." Su aguda penetración nos salvó, porque compadecido de nuestra pobreza nos dejó seguir adelante, sin volver a pedirnos el boleto. Ocho días duró el viaje con desveladas, hambres, trabajos y multitud de peripecias.

Nunca he sabido el fin de los mil ejemplares que de mi novela le dejé al señor Gamiochipi, dueño de *El Paso del Norte*, pero lo que sé muy bien es que le sigo debiendo sus doce dólares.

El éxito que esta novela alcanzó después de diez años de publicada se debe al entusiasmo desinteresado de tres excelentes amigos míos que se propusieron darla a conocer. Ya a fines del año de 1924 el poeta Rafael López, en una entrevista de prensa, había señalado *Los de abajo* como

el esfuerzo más serio realizado en ese género literario, de diez años a aquella fecha. Pero no fué sino en 1925 cuando el público reparó en ella, con motivo de una ruidosa polémica periodística en la que Francisco Monterde llamó fuertemente la atención sobre mi citado libro.

Gregorio Ortega publicó varios artículos al respecto y obtuvo que *El Universal Ilustrado* lo reeditara. Poco después, este mismo amigo mío hizo un viaje a Europa y se llevó muchos ejemplares de la obra, la dió a conocer a muchos distinguidos escritores españoles y gestionó una nueva edición en Madrid con un éxito que yo no me había imaginado nunca. Otro excelente amigo mío, José María González de Mendoza, con la atingencia y minuciosidad que lo caracterizan, corrigió la mala traducción que un escritor catalán había hecho para *Monde*, de París, e intervino decididamente en la edición realizada por la casa Fourcade, de Francia.

Hago mención de estos hechos sólo por aprovechar esta ocasión de rendir públicamente un tributo de agradecimiento a esos tres desinteresados y generosos amigos míos, sin cuya intervención tal vez mis libros fueran hoy tan desconocidos como en los ya lejanos días en que por primera vez los publiqué.

(El texto anterior, inédito, forma parte de una serie de conferencias leídas en El Colegio Nacional, del que nuestro admirado novelista es miembro.)

## LOS RESTOS DE HERNAN CORTES

Una conmoción nacional produjo, el 25 de noviembre, el hallazgo de los restos de Hernán Cortés, el extremeño conquistador de la Nueva España. La localización se realizó en la iglesia de Jesús Nazareno, anexa al hospital que el mismo Cortés fundó en la ciudad de México. A los pocos días del descubrimiento, los despojos fueron identificados con absoluta seguridad.

Muerto el 2 de diciembre de 1547 en Castilleja de la Cuesta, un pueblo situado a media legua de Sevilla, Cortés —o mejor dicho, sus restos— no ha tenido el reposo que los demás mortales disfrutaban en coyuntura semejante. Sus cenizas han cumplido una peregrinación que recuerda el rudo trajinar de su vida. He aquí sus póstumas andanzas, según la cuenta del señor José Ignacio Herrasti:

El 4 de diciembre del mismo año de 1547 se le enterró en el convento de San Gerónimo de San Isidro del Campo; en 9 de junio de 1550 se le pasó a otra sepultura que estaba junto al altar de Santa Catarina, dentro del propio monasterio; el 23 de mayo de 1566 los restos fueron traídos a la Nueva España y se les depositó en la iglesia de San Francisco de Texcoco, mismo lugar en que descansaban Luis y Catalina, hijos de don Hernán; en 1629 ocurrió nuevo traslado, esta vez a la iglesia de San Francisco de México, de donde se les sacó en 1794 para llevarlos al templo de Jesús Naza-

reno. El 15 de septiembre de 1823, previendo una posible violación de la tumba, los despojos se colocaron provisionalmente bajo la ta-



Cortés y la Malinche.  
(Fresco de José Clemente Orozco.)

rima del altar de Jesús, de la misma iglesia de Jesús Nazareno. Según datos que consigna el P. Mariano Cuevas en su *Historia de la Nación Mexicana*, en 1938 ó 1939 se registró otro desentierro de los restos, posiblemente sólo por motivos de curiosidad.

Tras el hallazgo definitivo del 25 de noviembre, el Gobierno de la República declaró Monumento Nacional la Iglesia de Jesús en que se hallan los despojos.

Las pasiones en torno a la discutida figura de Cortés no han menguado con los años. A raíz del reciente suceso, casi se tornó en el personaje del día. Los periódicos de la capital de la República, así como los de provincia, publican a diario artículos encendidos al respecto: unos lo exaltan hasta extremos que lo hacen aparecer como padre absoluto de nuestra nacionalidad, sin cuya intervención los mexicanos seguiríamos a la fecha practicando la antropofagia atribuida a los aztecas; otros, arremeten contra él tildándolo de vulgar aventurero a quien únicamente impulsaron los más siniestros designios de rapiña y mantanza. No hay términos medios para los actuales comentaristas del personaje histórico y sus hechos. Los dos bandos rivalizan en sarcasmos y argumentaciones contundentes, todas favorables a sus tesis antagónicas.

Los restos de Hernán Cortés, entretanto, sólo piden paz.